

Monsieur Proust

Céleste Albaret

[A mi hija Odile]

Introducción

Georges Belmont

Cuando monsieur Proust murió, mundialmente famoso, en 1922, hubo una avalancha para conseguir el testimonio, los recuerdos, de la mujer a la que él llamaba su «querida Céleste». Mucha gente sabía que era la única poseedora (por haber estado junto a él día tras día, durante los ocho años fundamentales de su vida) de las verdades esenciales acerca de la personalidad, el pasado, los amigos, los amores, la forma de ver el mundo, el pensamiento, la obra, de ese gran enfermo genial. Esa misma gente no ignoraba que todas las noches, durante horas —las noches eran el día para aquel hombre que vivía con el sueño cambiado, y para quien la mañana empezaba a las cuatro de la tarde—, Céleste Albarret había tenido el extraordinario privilegio de escuchar el hilo de sus recuerdos, pero también de oírle describir las veladas de las que volvía, de verle imitar a otros, reír como un niño, hablar de tal o cual capítulo de sus libros. En definitiva, que se mostraba ante ella como ante nadie más.

Céleste era el testigo capital, estaba en el centro de todo. Pero, durante cincuenta años, no quiso hablar. Su vida, decía, había concluido con monsieur Proust. Si él se había encerrado como un recluso en su obra, ella sólo quería vivir recluida en su memoria. Únicamente allí él seguiría siendo el magnífico monarca del espíritu y el monstruo de tiranía y de bondad que ella había «amado, padecido y saboreado», tal como dice hoy. Intentar contar todo eso —y hacerlo con torpeza, pensaba— hubiera equivalido a traicionarle.

Si, a los ochenta y dos años, ha cambiado de idea, es precisamente porque ha juzgado que otros, menos escrupulosos, habían

traicionado demasiado el personaje de monsieur Proust, ya por no disponer de fuentes fidedignas, ya por un exceso de ingeniosidad, o por la tentación de transformar en tesis sus pequeñas hipótesis «interesantes» (o interesadas).

Ahora me disculparán que exponga mi propia posición. Pero me debo a mí mismo decir que no hubiera aceptado hacerme eco de madame Albaret si tras unas semanas —de los cinco meses que duraron nuestras entrevistas— no hubiera quedado absolutamente convencido de su franqueza. Pues es evidente que este libro desmontará muchas ideas preconcebidas y hará rechinar los dientes de mucha gente, y yo quería estar seguro de no prestarme a otro tipo de traición, como le dije un día a madame Albaret: la de crear un icono.

Finalmente, las setenta horas de entrevistas me aportaron esta certeza, a fuerza de pruebas y de contrapruebas. Al volver siete u ocho veces sobre un mismo punto, por caminos diferentes o por sorpresa, nunca pude pillar una sola contradicción. Además, hay que admitir que algunos tonos no engañan. Si, cuando uno lee este libro, se *oye* tal como fue hablado y como yo mismo lo oí, sólo se podrá encontrar en él la más sincera de todas las voces: la del corazón.

Todo mi trabajo ha consistido en respetar esta voz, trasladando lo hablado a lo escrito, y organizándolo por temas y capítulos. Debo decir algo más, pues de ahí extraje la última convicción: durante los meses que siguieron a nuestras entrevistas y que vieron nacer este libro, no sólo viví, gracias a esta voz, rodeado de Marcel Proust, sino que le *vi* y le *oí* hasta un punto que a veces rozaba la alucinación. No he dudado de que se trataba del *verdadero* Marcel Proust. Ningún libro sobre él me había hecho vivir esa verdad.

Agradezco especialmente la inestimable colaboración de tres personas, en las investigaciones y verificaciones que exigió este trabajo: Odile Gévaudan —hija de madame Albaret—, Suzanne Kadar y Hortense Chabrier. Su ayuda las liga estrechamente a la obra.

Veo entrar a un gran señor

Hace ahora sesenta años que le vi por primera vez, y, sin embargo, parece que fue ayer. A menudo me decía: «Cuando yo haya muerto, usted recordará siempre al pequeño Marcel, porque no encontrará nunca a nadie como él». Y ahora me doy cuenta de que tenía razón, como, por otra parte, la tenía siempre. Nunca he dejado de pensar en él ni de tomarle como ejemplo. Las noches que no duermo, es como si me hablara. Surge un problema, me pregunto: «Si él estuviera aquí, ¿qué me aconsejaría?». Y oigo su voz: «Querida Céleste...», y sé lo que me diría. Creo que él me envía todas las cosas buenas que me pasan, porque sólo deseaba mi bien. ¡Se ponía tan contento cada vez que me ocurría algo bueno o que alguien le hablaba elogiosamente de mí! Cuando uno ha tenido de vivo el poder que él tenía, es imposible que lo pierda después, y estoy segura de que, incluso en el más allá, sigue a mi lado.

Diez años no es mucho tiempo. Pero se trataba de monsieur Proust, y estos diez años en su casa, a su lado, constituyen toda una vida para mí, y agradezco al destino que me la concediera, porque no hubiera podido soñar una vida más hermosa. Yo no me daba enteramente cuenta. Vivía día a día, contenta de estar allí. Cuando se lo decía, él me dirigía aquella miradita escrutadora, irónica y amable a la vez, y replicaba: «Veamos, querida Céleste, ¿no resulta un poco triste pasarse las noches enteras aquí, con un enfermo?».

Y yo protestaba. Él bromeaba, pero había adivinado antes que yo lo que aquella existencia representaba para mí. Es difícil de expresar. Se trataba de su encanto, su sonrisa, su forma de hablar, con su pequeña mano apoyada en la mejilla. Marcaba el ritmo de la canción. Cuando la vida se detuvo para él, se detuvo también para mí. Pero la canción ha subsistido.

Conocerle fue cosa del destino. ¿Acaso podía yo sospechar, cuando me casé, que aquella boda me llevaría a él?

Fue en 1913. No había cumplido todavía veintidós años, y no había salido nunca de mi pueblo de Auxillac, en la región de Lozère. Era una pequeña Gineste. Teníamos una casa muy grande. Yo adoraba a mi madre, a mi padre, a mi hermana, a mis hermanos, y no pensaba en casarme ni en irme de allí. Odilon Albaret, que iba a ser mi marido, pasaba las vacaciones en casa de mis primos. Era un chico muy amable, de rostro redondo y grandes bigotes, como se llevaban entonces. Vivía en París, donde yo sabía que era taxista. Tenía diez años más que yo. Su madre había muerto siendo él un niño, y quizás el cariño que yo sentía hacia la mía y la pena que a él le ocasionaba haber perdido a la suya nos aproximaron el uno al otro.

Odilon tenía una hermana casada, muy dinámica y muy autoritaria, que había hecho de madre para él y para sus hermanos, y que regentaba ahora un café en París, en la esquina de la rue Montmartre y la rue Feydeau. Se llamaba Adèle y se había convertido en madame Larivière. Monsieur Proust la citaría en su libro, creo que en *El tiempo recobrado*. Y mi prima, a cuya casa iba Odilon de vacaciones, me decía que a Adèle le gustaría que su hermano se casara conmigo. Yo conocía bien a Odilon; me caía bien. Nos escribíamos, pero no nos veíamos demasiado, y la idea de casarme ni se me pasaba por la cabeza. Además, había por parte de mi familia ciertas reservas respecto a Odilon. Diez días antes de mi boda, mi primo le dijo todavía a mi madre que no era un chico apropiado para mí. Sin duda porque vivía y trabajaba en París. En aquellos tiempos, en provincias y en el campo los miembros de una familia permanecían unidos. Los matrimonios se contraían sin alejarse de la tierra. Sin embargo, yo no veía para mí un gran futuro en Auxillac. En cualquier caso, Odilon pidió evitar mi mano y su petición fue finalmente aceptada.

Nos casamos el 27 de marzo de 1913. Y justo en el momento en que salíamos hacia la iglesia con toda la familia, el cartero le entregó un telegrama a Odilon. Vi a mi marido muy emocionado y le dije:

—¿Qué pasa?

—Es uno de mis clientes de París —respondió conmovido—. Me felicita y nos desea lo mejor. Vaya sorpresa. Sé que es un cliente extraordinario, un hombre distinto a los demás, pero nunca pensé que se le ocurriría mandarme un telegrama.

Me lo enseñó. Era largo y efectivamente muy amable, y lo guardé. Decía: «Muchas felicidades. No le escribo más extensamente porque he pillado la gripe y me siento cansado, pero hago fervientes votos por su felicidad y por la de los suyos». Y llevaba la firma: «Marcel Proust».

Fue la primera vez que supe de él. En ningún momento, desde que nos conocimos y a lo largo de nuestro noviazgo, Odilon me había dicho ni una palabra de Proust. Aquel mismo día, más tarde, me contó que era un buen cliente y que, antes de salir de París para la boda, él le había advertido que iba a ausentarse unos quince días o tres semanas, y que no podría, por lo tanto, responder a sus llamadas para que le llevara en taxi como de costumbre; y le había explicado el motivo. Monsieur Proust le había preguntado:

—¿Dónde se casa?

—En mi tierra natal.

—Y, ¿cuál es su tierra natal?

Odilon se lo había explicado. Y monsieur Proust le había dicho:

—¿Y qué día es la boda?

Conociendo a monsieur Proust como le conocí después, estoy segura de que en aquellos momentos ya tenía en mente el telegrama de felicitación.

Después de la boda, que habíamos hecho coincidir con las fiestas de Pascua a fin de que la familia pudiera asistir, nos dirigimos todos a París, para terminar allí las fiestas juntos. Casi llenábamos el vagón. Yo no dormí en toda la noche, y recuerdo que estaba furiosa porque mi marido dormía como los demás y nadie se ocupaba de mí. Por la mañana, cuando bajamos en la estación de Lyon, y vi todo aquel humo y aquel montón de gente corriendo en busca de taxis, me sentí perdida. Odilon consiguió finalmente un coche. Recuerdo que pasamos por delante del Théâtre Français y que mi marido me dijo, señalándolo con el dedo:

—Mira. Eso es la Ópera.

Miré. Vi un tejado verdoso, y exclamé:
—¡Vaya! ¡Es esto!

Llegamos a nuestra casa, un apartamentito de un edificio nuevo, en Levallois, que a Odilon le había costado mucho encontrar. El problema, me explicó en los días que siguieron, radicaba en que era necesario tener cerca un café que permaneciera abierto hasta muy tarde, porque monsieur Proust le llamaba algunas veces por teléfono o le dejaba un mensaje a las diez, o incluso a las once o a las doce de la noche, para pedirle que pasara a recogerle con su coche. Hasta entonces había recibido los mensajes su hermana Adèle, en su establecimiento de las rues Montmartre y Feydeau, pero mi marido había preferido Levallois, porque era más cómodo para guardar el taxi, y había además un café muy cerca, con teléfono y abierto hasta tarde, que se ajustaba exactamente a sus deseos.

El apartamento era muy nuevo, estaba limpio y bien arreglado, pero no sé por qué —sin duda debido al cansancio, a la emoción y al desconcierto— me eché a llorar en cuanto llegamos. Después caí profundamente dormida.

Pasamos así unos quince días. A mí me costaba coger el sueño y acostumbrarme a la nueva vida. Por suerte mi otra cuñada, Julie Albaret, se comportó conmigo como una madre. Yo no sabía hacer nada; en casa, en Auxillac, mi madre cuidaba de mi hermana y de mí. Era siempre ella quien se ocupaba de todo. Yo no sabía ni encender el fuego. Mi cuñada me dio consejos y me enseñó algunas cosas. Me enseñó a comprar, que es importante, y yo iba con ella al mercado. Además, mi marido mostró tanta delicadeza en todo, tanta amabilidad y tanta paciencia... En el campo, yo no cerraba nunca la puerta. Un día, en Levallois, cierro de golpe y me encuentro fuera con las llaves dentro. Busco a la portera y miramos si hay algún modo de entrar por la ventana de la cocina. Justo en este momento llega mi marido. Él tiene su llave, claro, pero, como la mía ha quedado metida en la cerradura, tiene que trepar hasta la ventana. Después, se limita a volverse hacia mí y a decirme con dulzura:

—Ya sabes, cariño, que esto no es el campo. Tendrás que esforzarte y no olvidar tu llave.

Tomé estas palabras como un reproche y me eché a llorar. Todo me trastornaba. Y, sin embargo, mi marido hacía lo posible para que yo fuera feliz. No dejaba de traerme flores para alegrarme. En cierta ocasión conseguimos entradas para ver *Mignon* en la Ópera Comique, gracias a mi cuñada Adèle, cuyo café era frecuentado por artistas líricos del vecindario, que le proporcionaban entradas a menudo. A medio espectáculo, él me pregunta:

—¿Te gusta? ¡Mira qué bonito es!

Y yo, cansada de tanto canto, respondo:

—¿Falta mucho para que termine?

Él rio con ganas. ¡Yo era tan joven! En ningún momento me trató con brusquedad. Esperó que me habituara un poco a mi nueva vida. Las dos primeras semanas decía: «Te acostumbrarás poco a poco. Y entonces volveré yo a mi trabajo».

Y, tras estas dos semanas, a mediados de abril, me dijo:

—Si quieres venir conmigo, hoy iremos, dando un paseo, al boulevard Haussmann, a casa de monsieur Proust, para comunicarle que, a partir de ahora, puede volver a llamarme si me necesita. Reanudo mi trabajo.

Salimos, pues, tranquilamente a pie, llegamos al 102 del boulevard Haussmann —no recuerdo si aquel día me fijé en el número—, subimos por la escalera de servicio hasta el primer piso. En aquel rellano estaba la puerta de la cocina. Nos abrió Nicolas Cottin, el criado. También estaba su mujer, Céline, que trabajaba igualmente para monsieur Proust. Estuvieron encantadores, sobre todo Nicolas, y parecían muy contentos de que mi marido hubiera vuelto. Yo, debido sin duda a mi timidez, no me sentía cómoda ante tantos rostros desconocidos. Había ido porque no había modo de evitarlo y para complacer a mi marido. Y estaba deseando marcharme. Recuerdo que me fijé en el gran fogón y en la limpieza de aquella cocina resplandeciente. El fuego estaba encendido. Mi marido no quería molestar a monsieur Proust, sólo que le comunicaran que había vuelto y que reanudaba su trabajo.

Pero Nicolas se empeñó en ir a decirle que Odilon estaba allí.

Monsieur Proust vino a la cocina. Aún le estoy viendo. Llevaba sólo un pantalón, y una chaqueta sobre una camisa blanca. Pero me impresionó de inmediato. Vi que entraba un gran señor. Parecía muy joven. Estaba delgado, pero no escuálido, tenía una piel muy bonita y unos dientes blanquísimos, y le caía sobre la frente aquel mechón, que siempre vería en él y que se formaba por sí solo. Y esa elegancia magnífica y esa curiosa forma de estar, esa especie de contención que he observado después en muchos asmáticos, como si quisieran ahorrar los esfuerzos y el aire. A causa de su aspecto delicado, algunas personas lo han imaginado más bien pequeño, pero era tan alto como yo, que no soy baja, puesto que mido casi un metro setenta y dos.

Mi marido le saluda, y monsieur Proust, que adivina quién soy, me dice, mientras me tiende la mano:

—Señora, le presento a monsieur Proust, desaseado, despeinado y sin barba.

Estaba tan intimidada que no me atreví a mirarle. Él dirigió a mi marido unas frases que no pude oír, porque, mientras hablaba, daba vueltas a mi alrededor y yo advertía que me estaba observando. Pero, al mismo tiempo, percibí en él tanta delicadeza y tanta dulzura que esto me intimidó todavía más. Después oí que decía:

—Bien, ya que usted ha vuelto, Albaret, siempre que le necesite y, si a usted le parece bien, recurriré a sus servicios como antes.

Él salió de la cocina, y nosotros de la casa.

Al pie de la escalera, le pregunté a Odilon:

—¿Por qué ha dicho «sin barba»?

—Porque antes llevaba una magnífica barba negra, que le quedaba muy bien, y que, tú no lo has oído, se cortó anoche. Te lo ha dicho porque es una novedad para él.

Mi marido reanudó su trabajo, y monsieur Proust volvió a requerir sus servicios. Le hacía llamar por teléfono. Cuando Odilon estaba en casa, bajaba personalmente al café para contestar; si no estaba, tomaban allí el recado.

Mi marido trabajaba mucho. Podía utilizar el coche siempre que quisiera. No estaba sujeto a un horario. Si había un buen cliente, no lo dejaba escapar, porque quería ganar dinero para nosotros dos.

Cuando nos casamos, tenía ya unos ahorros y el proyecto de comprar cuanto antes un establecimiento, una vez me hubiera familiarizado yo con la vida de París. A veces no volvía a casa a comer, pero siempre se las arreglaba para avisarme. Poco a poco yo me adapté a nuestra vida. Le esperaba. De todos modos, era duro. Seguía siendo una campesina. No era que me sintiera sola, sino más bien aislada. Tenía a mi cuñada, pero no me gustaba mucho el ambiente de los cafés. Estaba también mi cuñado, Jean, el hermano menor de Odilon, que había venido a París como él, y que también tenía un comercio con su mujer en la esquina de la rue de la Victoire y la rue Laffitte. Mi marido y él se adoraban, y Jean era muy amable e ingenioso. Odilon me decía: «Ve a la rue Laffitte, a casa de Jean. Así te acostumbrarás a los negocios para más adelante». Pero allí reinaba también un ambiente de café. Yo prefería esperarle en casa. Y, como mi marido trabajaba de noche y salía muchas veces tarde, entre las diez y las doce, y volvía más tarde aún, yo seguía sin dormir demasiado. No lo sabía, pero esto resultó un buen entrenamiento para mi vida futura. Yo no sospechaba ni remotamente que, en los años que seguirían, seríamos tres —monsieur Proust, mi marido y yo— los que viviríamos con el sueño cambiado.

Pasó el verano. Monsieur Proust se había ido a Cabourg. Como casi todos los años hasta entonces, según decía mi marido. Regresó en septiembre y empezó a llamarle de nuevo.

Debía de ser a finales de octubre cuando una noche le preguntó qué tal se habituaba su joven esposa a la nueva vida.

—No demasiado bien —le responde Odilon—. No sé qué pasará más adelante, pero no le gusta salir de casa. Yo le digo todo el tiempo que vaya a ver a la familia para distraerse cuando no estoy. A veces me hace caso, pero no muy a menudo. Yo trabajo, usted sabe lo que es eso: no llego siempre a las comidas y no tengo

horario. Ella casi no come ni duerme. Cuesta creer que se deba sólo al cambio de ambiente.

Monsieur Proust le escucha y después dice:

—Lo que ocurre, Albaret, es que su mujer echa de menos a su madre.

Habiéndome visto una sola vez, ¿cómo había podido darse cuenta?

Pero eso no fue todo. Le dijo además:

—Puesto que la familia de usted no basta, habrá que encontrar alguna otra cosa que la saque de casa, y creo que se me ha ocurrido una idea. En estos momentos tengo que firmar los ejemplares dedicados a mis amigos de *Por la parte de Swann*, que publica Grasset. Su mujer podría, si quiere, recoger los ejemplares dedicados y llevarlos a sus destinatarios. Quizá le serviría de distracción.

Mi marido me repitió la conversación y añadió:

—Si te gusta esta propuesta, acéptala. Si no te apetece, di que no. Estoy seguro de que lo dice para complacerte, pero al mismo tiempo quizá le complazca también a él.

Me animó un poco a que aceptara y finalmente dije que sí.

Recuerdo que añadió:

—Ya verás, monsieur Proust es un hombre muy amable. Hay que poner mucho cuidado en no disgustarle, porque se da cuenta de todo. Pero nunca conocerás a nadie tan encantador.

Así empezó todo. Pero lo que nunca he olvidado, tras conocerle y comprenderle mejor, es la facilidad con la que adivinó de inmediato lo que ocurría conmigo. Yo no era consciente de aburrirme con la vida sencilla que llevaba, ni siquiera cuando mi marido me dejaba sola. Y tampoco tenía la impresión de echar tanto de menos a mi madre y a mi familia. Les escribía, me escribían. Odilon me cubría de atenciones; se preocupaba por mí a su manera, porque era un hombre bueno. Pero sólo monsieur Proust había advertido que, aunque todavía no se podía decir que me aburriera, era algo que iba a ocurrir. Y aquella frase sobre mi madre en el fondo era verdad. Por mucho que mi marido

me mimara, no era lo mismo. En Levallois, nuestro apartamento daba a un patio interior, mientras que en Auxillac, la casa, además de ser grande, estaba al aire libre, en medio del pueblo, rodeada por los terrenos que poseíamos y de los que la separaba un muro; llena del movimiento y la alegría de unas voces que el eco de los montes cercanos multiplicaba. Monsieur Proust lo había adivinado todo.

Más adelante, a causa de esto y de muchas otras cosas que él observaba tanto respecto a mí como a otros, comencé a tenerle por un mago. A menudo le decía: «Monsieur, usted no es sólo hechicero, usted es un mago». Entonces volvía hacia mí su mirada profunda e inquisitiva, para ver si yo era sincera. «¿Usted cree, Céleste?»

Pero pienso que, en el fondo, le complacía.